

## ***Memorial de amores***

*Por Guido Tamayo*

En *40 cuentistas ecuatorianos, estudio crítico*, colección “Luna de Papel”, Quito, 2006

Una convicción atraviesa como un estilete el corazón de este libro de relatos, la de que las historias de amor suelen disolverse en la infelicidad. Este “fatum”, este destino trágico de transitar irrevocablemente de la felicidad a la infelicidad identifica la mayor parte de los cuentos que bajo el significativo nombre de *Memorial de Amores*, presenta el escritor Raúl Vallejo.

En efecto, el libro es consecuente con las posibles acepciones de su título, es decir, instaura un pleito con la memoria amorosa; un ajuste de cuentas con una sucesión de historias pasionales; despliega un exorcismo sentimental.

Raúl Vallejo añade a los finales desgraciados de sus historias amorosas un escenario intransferible: la ciudad y, en específico, la ciudad de Guayaquil. Su temperatura, su color, su olor, la peculiaridad de sus calles, la moral de sus gentes, el ambiente de sus noches y sus bares y, como una caracterización fundamental, esa relación indisoluble entre la urbe y la crónica sentimental de sus personajes.

El relato que abre el libro “Los borradores de Adriana Piel”, es un buen ejemplo de ello. El personaje/narrador, un hombre que deambula inútilmente por la ciudad en busca de su ex-mujer, señala: “A las seis de la tarde, agonizando ese sol de Guayaquil que achicharra a sus habitantes” o “Me gusta esta ciudad a la que no se puede amar sobrio” o “Esta avenida es el testimonio de que mi ciudad nunca duerme. Tal vez hace siesta pero eso permite renovarse para vencer a la noche”, o ésta que funde a la mujer con la ciudad: “la calle es oscura y parece una mujer dormida sobre la que los hombres pasan sin dejar huella”.

Pero otro elemento se presenta como una constante. Como lo quería el escritor ruso Anton Chejov, en el cuento idealmente no deben existir más de dos personajes: él y ella. Sin que esta dualidad se aplique a la totalidad de los relatos — a veces la pareja está compuesta por él y él, como en el cuento “Cristina, envuelta por la noche” o “Volverán las oscuras golondrinas”, o incluso ella y ellos como en “Los viudos de Gloria Vidal”—, si puede servirnos de guía para penetrar el mundo afectivo que relata Vallejo. Existe un conflicto entre las parejas, sean ellas del sexo que sean. Ese conflicto, como en “Los borradores de Adriana Piel”, permite a través del recurso de introducir un diálogo entre él y ella, escuchar las dos versiones de los hechos. Es decir, Vallejo le otorga voz a quien usualmente no la tiene, la mujer, pero además con ello cuestiona la omnipotencia de un solo narrador. Este mismo recurso lo utilizara en “Los viudos de Gloria Vidal”, en donde los viudos hablan desde su rincón de hombres abandonados.

Esta actitud reivindicativa de la mujer y en contra del machismo más ramplón, se verá también reflejada en la decisión de abortar de la protagonista de “Dos whiskys secos y una mentira”, o en la reiterada insatisfacción sexual de la protagonista causa del egoísmo masculino en “Reestreno de Magdalena” y en las infidelidades de las mujeres en “Juego de solitario y final”, “Diálogo breve del amor menor”, “La broma”,

así como en la distribución que hace de su amor en cuotas iguales para sus cuatro viudos en, “Los viudos de Gloria Vidal”.

El autor, pues, sin caer en feminismos radicales ni trasnochados, saluda la autonomía femenina, su necesidad y determinación para decidir sobre su cuerpo y sus opiniones. Esto, por supuesto, acompañado por una corte de personajes masculinos egoístas que aun observan a la mujer como “ama de casa” dispuesta a complacer sus deseos, sean estos sexuales o domésticos.

En ese sentido, es igualmente significativo su interés por los transexuales y travestidos. Ellos hacen parte de una marginalidad golpeada por la sociedad, un grupo humano rechazado por una moralidad hipócrita y represiva. En los cuentos “Volverán las oscuras golondrinas” y “Cristina, envuelto por la noche”, la violencia se ejerce contra ellos con la sevicia de la doble moral. Es decir, se los utiliza sexualmente cuando corresponde, pero se los liquida cuando pueden “manchar” la buena reputación de esa moral. Son criaturas raras que contravienen los sagrados preceptos de la “naturaleza” y las buenas costumbres. La ciudad, otra vez, acoge tanto la búsqueda de la felicidad y la libertad, como sus contrarios: la intolerancia y el crimen.

Pero también hay parejas en los cuentos “leña de soledad(es)”, una historia de amor con final abierto y banda sonora de John Lennon; “Diálogo breve del amor menor”, una pareja que resucita el recuerdo de sus infidelidades para mortificar el presente; y “Correspondencia para María Rosa”, en donde una amistad universitaria del pasado se ve truncada por el asesinato de uno de sus protagonistas. En todos estos relatos, y en planos contrastados, el pasado y el presente alumbran sus confidencias, examinan con la lucidez de la distancia lo que fue y lo que es. En otras palabras, el autor logra con destreza otorgarle densidad sentimental y temporal a los conflictos de sus protagonistas al contraponerlos en tiempos distintos. El pasado ilumina el presente y este, a su vez, a la memoria. Vallejo urde con sutileza un memorial.

En “Juego de solitario y final”, reaparece la figura de Camilo, el protagonista de “Los borradores de Adriana Piel”, transmutado en el ejecutivo de ventas Héctor González. Es decir que el Camilo abandonado por su ex-mujer se reencarna en el tiempo en un personaje más decadente y solitario, noctívago y bebedor, desolado y callejero como Héctor. A mi parecer, son de la misma estirpe. Su diferencia radica en un insustancial problema de tiempo: Camilo deviene en Héctor naturalmente, sin fisuras, solo hay que esperar.

Tres relatos humorísticos complementan la mirada aguda de Vallejo sobre la sociedad ecuatoriana. En “Hombre azorado, con palabras a punto de llanto”, la vieja tradición masculina de la iniciación sexual en el burdel es satirizada por el verbo. Aquí, el verbo no se hace carne como en la máxima bíblica, si no por el contrario, el verbo elude la carne. El joven protagonista es llevado por su padre a realizar el rito de la iniciación sexual, pero su afición por el diccionario y su pasión por aprender la significación de las palabras convierten en “sexo oral”, que no carnal, su cita con la prostituta.

Los dos ejercicios narrativos restantes, “La broma” y “am@ntes.virtuales.com”, se burlan de dos plagas contemporáneas: el sida y la virtualidad tecnológica. En el primero, una broma macabra sobre la peste sexual termina en suicidio. En el segundo,

se manifiesta la perplejidad por una sexualidad virtual que en su lenguaje se asemeja a una parodia.

Considero que Raúl Vallejo en su *Memorial de amores*, reconfirma su conocimiento del género del cuento. Son historias amorosas con desenlaces infortunados que recrean el escepticismo del autor por la perdurabilidad de la pareja y, en consecuencia, la fugacidad del amor. Existe una crítica agria a la inflexibilidad moral e ideológica de una sociedad conservadora y brinda carne y hueso literario a la humanidad azotada de las mujeres, los travestidos, homosexuales, transexuales y marginales en general. Vallejo también nos muestra que el presente, sin una atención sobre el pasado, es un tiempo chato, carente de profundidad. Recordemos con él, entonces, que a John Lennon también lo mataron.